

ce una historia, siquiera resumida, de las ideas de la filosofía griega —autores y escuelas— acerca de Dios, y una muestra de su recepción característica por parte del mundo intelectual romano en uno de sus representantes más cualificados.

MARCELO MARTÍNEZ PASTOR

*Isidori Hispalensis versus*, cura et studio José M.<sup>a</sup> Sánchez Martín, *Corpus Christianorum SL* 113 A, Turnhout: Brepols, 2000, 274 pp. ISBN: 2-503-01133-0

Nos encontramos aquí con un nuevo volumen del *Corpus Christianorum* que forma parte del proyecto de dotar de ediciones modernas a las obras del eximio doctor de las Españas. Se trata en este caso de la producción “más atípica” de Isidoro, la poética, formada concretamente por 27 *tituli*, que suman en conjunto 105 versos, muy poco frente a su prolífica obra en prosa. Obra menor, por tanto. Sin embargo, los responsables del CC y su editor J.M.<sup>a</sup> Sánchez no la han tratado como tal y es de agradecer.

Es éste un volumen insólito dentro de los que nos tiene acostumbrados el CC por varios motivos. En primer lugar, el estudio introductorio es muy amplio, su extensión excede en mucho a la de la obra estudiada (205 páginas frente a las 28 que ocupan edición y traducción). En segundo lugar, el texto latino de los versos isidorianos en la página impar va acompañado de su traducción al español en la página par, naturalmente junto a los habituales aparatos crítico y de fuentes. Finalmente, tras la edición se incluye también un comentario de los poemas, en los que el editor explica algunas de sus elecciones textuales, su traducción o comenta algún detalle histórico, cultural, estilístico o gramatical de la composición. Con la unión de todas estas piezas se les está proporcionando a los lectores mucho más que una nueva edición de los *versus* del hispalense, un estudio pormenorizado y meticuloso desde todos los ángulos.

Después de que a principios del siglo XX se publicaran en un intervalo de cinco años tres ediciones críticas diferentes, y de diversa calidad, de los *tituli* isidorianos (C. Pascal en 1909, A. Riese en 1910 y C.H. Beeson en 1913) no se había vuelto a realizar hasta la presente un nuevo intento, que, dado lo que han avanzado en todos estos años los estudios isidorianos, parecía necesario. El trabajo de J.M.<sup>a</sup> Sánchez corrobora plenamente tal impresión. La primera novedad de su edición es que está basada en todos los testimonios conocidos por el editor (42, muchos de ellos parciales, que describe pormenorizadamente en las pp. 103-150), mientras las anteriores habían sido realizadas sobre uno de ellos o sobre un grupo reducido, de tal manera que 25 de esos testimonios son utilizados por primera vez aquí para configurar este texto. Con ellos Sánchez no sólo realiza la edición sino que traza la probable historia de la transmisión de los versos isidorianos (pp. 165-169), que se haría —según él— en dos momentos diferentes: en vida del propio obispo, y quizás por su propia mano, se pondría en circulación una selección de los *tituli* de la biblioteca sevillana, el texto *breuior* (despreciado por Beeson); tras la muerte de Isidoro se copiarían todos los *tituli* existentes, el texto *longior*, que sería el que alcanzó mayor difusión por Europa. Para confeccionar la edición, Sánchez tiene en cuenta ambos textos: elige siempre la lectura en la que coinciden alguno de los manuscritos de una de las ramas con los de la otra. Para los casos en los que no hay coincidencia conjuga otros criterios: la comparación con las fuentes u otros escritos isidorianos, criterios métricos, la antigüedad del testimonio (los motivos de algunas elecciones son explicados en el comentario posterior).

La primera parte de este volumen del CC está formada por el estudio de la obra editada, que Sánchez divide en dos partes, aunque el mayor peso se lo lleve la segunda. En la primera, a la que le otorga el poco elocuente título de “Introducción” (pp. 11-33), intenta, por un lado, aclarar la debatida cuestión de la autoría isidoriana de la obra: primero mostrando que Isidoro nunca condenó la poesía y que incluso la apreció especialmente, y después defendiendo la autoría de Isidoro sobre dos bases principales, una geográfica: los *tituli* son innegablemente de origen hispano; otra cronológica: tuvieron que ser escritos después del 604 y antes de finales

del s. VII (en que aparecen los primeros testimonios manuscritos), así que el comienzo del s. VII le parece la fecha más probable y, en esa fecha, Isidoro el autor más adecuado dadas las características de los *versus*. En medio de los dos capítulos dedicados a la autoría trata sobre el género literario, si bien partiendo de la premisa de que Isidoro es el autor, por lo que quizás hubiera sido mejor situarlo detrás. Por otro lado, analiza al “orden y temática de los dísticos” (pp. 27-33), capítulo en el que, entre otras cuestiones, justifica su elección del orden de los poemas.

Mucho más extenso y detallado es el examen literario de los *tituli* (pp. 35-100), que constituye la segunda parte del estudio previo. El descubrimiento de las fuentes literarias, entre las que destaca Marcial, y de los procedimientos de imitación que manifiestan los dísticos es su primer apartado. Por las grandes dificultades que ello entraña, Sánchez ha decidido no distinguir, en general, entre fuentes directas e indirectas, de ahí por ejemplo que aporte diversas fuentes para una misma expresión: por ej. para Isid. V, 1-2: *Gallia me genitum Pictavis ore tonanti!...misit* aduce: Ven. Fort. *carm.* 8, 1, 12-15: *Italiae genitum Gallica rura tenent! Pictavis residens...*; Mart. Brac. *epitaph.* 1: *Pannoniis genitus transcendens aequora uasta*, y Prob. *Verg. ecl. prae.* 20: *Mantua me genuit, Calabri rapuere tenet...*, o para Isid. XXVII, 6: *...garrule perge foras!* encuentra Mart. *carm.* 11,2,4: *...ite foras* y Sedul. *carm. pasch.* 4,238: *...Lazare, perge foras!* [negrita y subrayado son suyos]. El segundo capítulo bucea en la lengua y el estilo de estos poemas (pp. 74-91). El estudio lingüístico se centra esencialmente en el aspecto morfológico (casos, géneros, flexión verbal, tiempos...). El estilístico es mucho más detallado y lo hace, muy acertadamente, poniendo en relación los recursos empleados con la doctrina teórica del propio Isidoro al respecto. Primero identifica los tropos y figuras de dición que embellecen los dísticos, entre los que destaca aquí también el paralelismo, tan característico del estilo isidoriano en prosa, que en ocasiones combina con la antítesis (suponemos que por error entre los ejemplos de esta última figura sitúa Isid. 1,3: *tolle...pone*, puesto que, como refleja su traducción: “Sacude la pereza, aleja el hastío” y afirma él mismo en su comentario posterior, es un “paralelismo sinonímico en asinetto” [p. 236]). En segundo lugar, se ocupa de la asonancia y la rima, tras cuyo análisis saca los porcentajes de su aparición y los compara con los de otros autores, de lo que se observa un uso de la rima externa por parte de Isidoro semejante al de Eugenio de Toledo y muy superior al de los autores clásicos Virgilio u Ovidio, pero también al de Venancio Fortunato o Alcuino. Nos ha sorprendido que considere que hay “rima interna” en el verso XXIV,1: *...concreta /... cretae* (la negrita es suya), donde más bien parece existir una paronomasia (semejante a otras que él apunta, por ej. VI,1: *Ambrosius doctor signis insignis* [la negrita es suya]), porque no se puede pensar más que en una pronunciación monoptongada de *ae*, como, por otra parte, el mismo Sánchez asume al proponer la “rima externa” en XII, 1-2: *...tempora saeculi /... arca gerit* (la negrita sigue siendo suya). Cierra este apartado un detallado análisis prosódico y métrico de los *versus*, en el que, sin embargo, silencia el único caso en el que un *titulus* no está compuesto por dísticos (n.º VIII), para reseñarlo en su comentario. Finalmente el tercer capítulo está consagrado a “la pervivencia de los *versus*” (pp. 92-100), que rastrea hasta época carolingia.

El último elemento que compone el amplio trabajo realizado por Sánchez es la traducción, en cuya realización confiesa haber “tenido especialmente en cuenta la voluntad poética del texto” (p. 184), por lo que intenta conservar, en la medida de lo posible, la rima o la asonancia y las figuras estilísticas del original. En general, lo consigue junto con la adecuada translación del contenido. Sin embargo, nos gustaría hacer una breve reflexión de detalle sobre dos versos del *titulus* dedicado a Jerónimo (VIII 2-3) y su traducción: *Te Bethlem celebrat te totus personat orbis, / Te quoque nostra tuis promet bibliotheca libris*. Considera los tres verbos en *gradatio* dentro de la sinonimia (p. 82), *gradatio* que a nosotros no nos parece tan clara a no ser en los dos primeros sujetos (*Bethlem...totus...orbis*), tampoco en la traducción: “Belén te celebra, por ti el orbe entero resuena; te ensalza también con tus obras nuestra biblioteca”. Pero sobre todo a la traducción le reprochamos el que haya considerado *personat* como intransitivo, cuando está usado de forma transitiva con *te* como objeto, la misma construcción de los otros dos verbos, que también tienen a *te* como objeto; junto a otros valores *personat* como transitivo significa en época tardía y medieval “estimar” (valor que recoge el Du Cange) o “celebrar,

cantar” (Souter, *Glossary of later latin*, Oxford 1949). Un significado semejante le supone acertadamente a *promet* (forma de la que, por cierto, no comenta nada), que, sin embargo, tampoco es el habitual.

No obstante, en nada empaña esto el buen trabajo realizado y presentado por Sánchez en este volumen, que pone en manos de los estudiosos por primera vez una edición fiable, basada en un elevado número de testimonios y en un estudio metódico y científico de los mismos, así como un completo análisis de los versos, especialmente desde una perspectiva literaria, aunque también lingüística, así como del problema de la autoría. Gracias a la labor de Sánchez la figura literaria de Isidoro es ahora un poco mejor conocida.

ESTRELLA PÉREZ RODRÍGUEZ

M.A. González Manjarrés, *Entre la imitación y el plagio. Fuentes e influencias en el “Dioscórides” de Andrés Laguna*, ed. Obra Social y Cultural de Caja Segovia, Segovia, 2000, 191 pp.

Comenzando por el envoltorio externo, estamos ante una monografía perteneciente a la colección “Becas de Investigación” de Caja Segovia. Todos sabemos que las grandes editoriales “no arriesgan” y difícilmente apuestan por nuevos valores en el ámbito científico, menos todavía cuando se trata de los estudios de letras, de modo que al investigador, sobre todo al joven investigador, le suele quedar abierta únicamente la puerta de los Servicios de Publicaciones universitarios o la de las cofinanciaciones. Por ello, desde aquí, queremos hacer llegar nuestra felicitación a esos modernos mecenas, en forma de bancos, que demuestran experiencia en apostar por los valores en alza. Pues el autor de este libro, sin duda, lo es. Ahora sólo nos cabe desear que también se muestren duchos en el arte de “vender” la obra, no en el sentido crematístico sino en el de difundir adecuadamente los estudios publicados, ya que constituyen la mejor justificación del trabajo de sus becarios. Y sobre todo deseamos que cunda el ejemplo.

En cuanto a la descripción del contenido, nos encontramos con un trabajo filológico riguroso y serio, muy en la línea de la escuela a la que pertenece González Manjarrés, y en el que, siguiendo un orden descendente en la estructura del libro, se trata, por un lado, de comparar el *Dioscórides* de Laguna con la traducción italiana y los comentarios que de esta obra hizo el italiano Mattioli y, por otro, de valorar las acusaciones de plagio que vertió el médico segoviano contra el alemán Jano Cornario, a propósito de la misma obra dioscoridea. Tras declarar el autor su propósito y dar las oportunas gracias, “A modo de justificación y agradecimiento” (p. 9), se sitúa el índice al que sigue una lista de abreviaturas de las fuentes que con mayor frecuencia se citan a lo largo del trabajo. No acertamos a comprender el significado de algún asterisco que se desliza al citar la versión latina del *Dioscórides* de Cornario (p. 11) y que puede ser un error tipográfico sin más. Sigue la “Introducción”, dividida en tres apartados y en la que, con la prosa rica y barroca, habitual en Manjarrés (y “de casta le viene al galgo”<sup>(1)</sup>), se pasa revista al contexto que enmarca el estudio, el dibujado por el Renacimiento, el Humanismo en general, el médico en particular, los acontecimientos que marcaron la vida de Andrés Laguna y sus obras, centrándose de modo especial en las que forjaron la polémica analizada en el libro. Quizá el afán de condensar sea el responsable de algunos descuidos (algunas erratas en las pp. 16 y 17), otros, sin duda, se deben al corta-pega de los ordenadores, que han creado anacolutos como el siguiente: “Después de este paréntesis de Colonia, Laguna vuelve a Metz don-

---

(1) Quiero rendir, de paso, un pequeño y sincero homenaje a su malogrado hermano, cuya obra póstuma se acaba de publicar: D. Manjarrés, *Cebolla en Valladolid*, prólogo de A. García Simón y epílogo de J. Jiménez Lozano, ed. Ámbito, Valladolid, 2001.